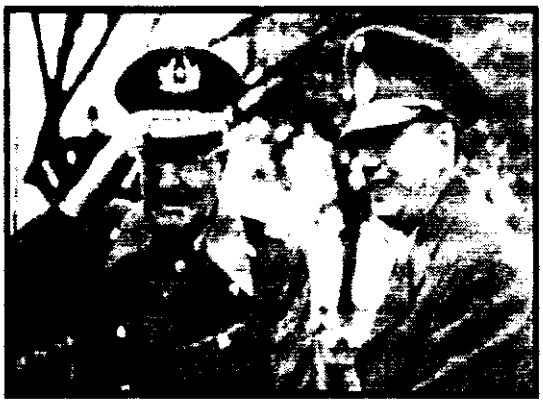
JUAN DOMINGO PERON
CARLOS IBAÑEZ DEL CAMPO

LA SEGUNDA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA



CIUDAD DE LOS CESARES
EL PAMPERO AMERICANO

Evocar, a cincuenta años de distancia, a los presidentes Perón, de Argentina, e Ibáñez, de Chile, puede a primera vista parecer extemporáneo: ¿no son hoy otras las circunstancias de las naciones americanas, y no es muy diferente la situación mundial de la de hace medio siglo? A lo que hay que agregar que, si la memoria de Juan Domingo Perón sigue viviente en Argentina –y tanto, que, aunque frecuentemente infieles a lo substancial de sus posiciones, resumidas en el triple lema de soberanía política, independencia económica y justicia social, los políticos de esa nación siguen invocando su nombre para triunfar–, en cambio, en Chile, Carlos Ibáñez del Campo está casi olvidado. En este caso, en un país en que la ausencia de conciencia histórica parece ser un rasgo colectivo, más extraña aún puede sonar la evocación de que hablamos.

Y, sin embargo, la vida de Ibáñez no había sido para olvidar, con sus ribetes incluso de romántica aventura. Joven oficial, involucrado en guerras centroamericanas, tierras en que, además, ganó la mano de su primera esposa; guía de la juventud militar que en 1924 y 1925 había derribado la república oligárquica; realizador práctico de los ideales de esa juventud, una vez elevado a la conducción del Estado. Como un patriota romano, sería su norte el poder afirmar, al cabo de su obra: «¡Juro que he salvado la República!». Abandonaría el gobierno, con todo, para evitar un enfrentamiento sangriento entre sus compatriotas. Después, durante un veintenio, jalonada por el exilio, la prisión o las candidaturas a la Presidencia, una carrera a medias entre la conspiración y la legalidad; hasta que el pueblo chileno –por abrumadora mayoría, según las medidas de entonces– devolvió al poder al «General de la Esperanza». ¿Se puede olvidar que, a través de las reformas de orden político-administrativo, social y económico, que impulsó con singular energía en su primer gobierno, Ibáñez funda el Chile «moderno»? Por lo menos, fundó el tipo de Estado vigente por más de medio siglo a partir de entonces, hasta que otro general de ejército emprendiera una obra de signo distinto. ¿Se puede olvidar que fue Ibáñez el que liquidó las secuelas de la Guerra del Pacífico, mediante acuerdo directo con Perú que soslayó la injerencia norteame-

ricana, permitiendo que la provincia de Tacna volviera a la nación del norte y Arica se incorporase indiscutiblemente a la comunidad chilena?

Lo anterior muestra ya el paralelo profundo que un Plutarco podría trazar entre las vidas de Perón y de Ibáñez: hombres de armas que iniciaron, ambos, procesos de hondas transformaciones en sus respectivas patrias, derrocados y exiliados por las fuerzas de la oligarquía nativa, conocedores de un retorno triunfal en sus años tardíos (este paralelo podría completarse con otro, entre Arturo Alessandri e Irigoyen). Hombres que, sin haberse concertado previamente, se encontraron como estadistas y camaradas en una misma lucha en la coyuntura de los años 50 del siglo XX: cuando se estructuraba lo que iba a ser el orden mundial por la media centuria siguiente y, conforme al mismo, se anticipaba en nuestra América lo que en los días que corren se ve como situación común del mundo entero: la hegemonía prácticamente incontrastada de una única potencia.

Tal coyuntura precisamente es el motivo de las palabras de reflexión, de advertencia y de llamamiento a la lucha que pronuncian Perón e Ibáñez en ese memorable encuentro de 1953; y aquí se halla la actualidad de las mismas.

Pues, si de la época llamada de la post-guerra fría y de la globalización *se dice que es característica principal la difuminación de los enfrentamientos propiamente políticos; y que, en cambio, es la dimensión económica la que cobra un relieve dominante en la vida de los pueblos; si es así, ya Juan Domingo Perón advertía, en el discurso de bienvenida a su colega chileno, que no eran los sometimientos o las opresiones políticas, que en la época de la Primera Guerra de la Independencia vestían aún uniforme de milicia, los que amenazaban la libertad y la soberanía de los pueblos; que eran ahora «inconfesables intenciones» (porque no se declaraban abiertamente) y «nuevas fuerzas de carácter económico» las que pretendían dominarnos; y que, frente a ellas, chilenos y argentinos retomaban –debían retomar– los ideales de O'Higgins y de San Martín. A este contexto pertenece la admonición, que no puede ser de más dramática actualidad: «el año 2000 nos hallará unidos o dominados».*

En un escrito algo posterior, también incluido en este volumen, Perón revela trasfondos políticos de la que pudo ser una iniciativa americana trascendental y se explaya en los aspectos económicos de la nueva

realidad mundial. Aquí hay otra advertencia que, cincuenta años transcurridos, es mucho más apremiante: la lucha planetaria por la disposición de alimentos y materias primas. «En buen romance –dice el conductor argentino–, que nosotros estamos amenazados a que un día los países superpoblados y superindustrializados, que no disponen de alimentos ni de materia prima, pero que tienen un extraordinario poder, jueguen ese poder para despojarnos de elementos de que nosotros disponemos en demasía con relación a nuestra población y a nuestras necesidades». Esto es, que los países de la América Románica «en un futuro no lejano podríamos ser territorio de conquista como han sido miles y miles de territorios desde los fenicios hasta nuestros días».

Pasa revista Perón, en consecuencia, a las condiciones económicas de la autonomía y la soberanía de las naciones sudamericanas: he aquí que ni Argentina, ni Brasil, ni Chile, separadamente, poseen «unidad económica», esto es, la base de autosuficiencia o lo que, en otro lenguaje geopolítico, se ha llamado «gran espacio». Pero, agrega el gobernante, «estos tres países unidos conforman quizá en el momento actual la unidad económica más extraordinaria del mundo entero». Y de ahí, entonces, que se plantee la necesidad ineludible de la unión de Chile, Brasil y Argentina.

En el texto aludido, Perón refería los delicados tratos con Getulio Vargas, el presidente brasileño, y con Ibáñez, en orden a dar pasos concretos hacia esa unión. Sabemos que la situación interna insostenible de Vargas lo llevó a su trágico final. Sabemos también que el «Pacto de Santiago», tratado de unión económica entre Chile y Argentina, se frustró en definitiva; por lo demás, en su segundo gobierno el general Ibáñez perdió rápidamente la iniciativa política. El mismo Perón fue derrocado poco tiempo después. Todo ello sólo demuestra qué contradictorio terreno es el de las realidades políticas. Pero, ¿qué cosa es el Mercosur, *sino el intento, siempre actual, de llevar a la práctica la integración económica de los países del cono sur americano? Aunque sus supuestos puedan no ser los mismos que el general argentino esbozaba hace medio siglo. Y la actual defección chilena, en aras de una integración preferente con la superpotencia hegemónica, ¿no puede explicarse con las palabras de Perón en aquel momento, cuando aludía a los intereses que pretenden «mantener la división de nuestros pueblos para reinar sobre ellos» y que ofrecen «derechos y prerrogativas» a cambio de un «nuevo acatamiento a los altos dirigentes imperiales»?*

Sí, actualísimo es lo que Perón e Ibáñez concordaron en 1953. Dos naciones americanas, representadas por conductores con indudable apoyo ciudadano, emprendían resueltamente el camino de la complementación económica, entendida como requisito del bienestar de sus pueblos y de su propia independencia. Mas si el sesgo económico lo imponía el momento, no sólo de economía se trataba.

Los dos presidentes hablan en la ocasión como soldados ante soldados –Ibáñez emplea incluso el castrense, pero también revolucionario «camaradas»– y evocan las sombras augustas de San Martín y O'Higgins. Saben ambos que hay que superar desconfianzas y resquemores. La historia común, en sus palabras –pero especialmente en las de Perón–, deja de ser retórica para devenir guía para la acción. La Primera Guerra de la Independencia resulta así un modelo para el presente, en el que, como en aquellos tiempos, se jugaba y se juega el destino de la América Románica.

Esboza Perón una geopolítica y una visión de la política internacional que, aunque expresada en nombre de una nación, es en verdad continental; muy superior por ende a las visiones geopolíticas locales que suelen ocupar a los especialistas de cada país. Emerge de su discurso, como una unidad mínima y previa, ese gran espacio *que ya se dijo, del ecuador al polo y entre los dos océanos; imperativo ineludible para los pueblos que lo habitan, porque de otro modo las grandes potencias simplemente tomarán los recursos que requieren. Perón –vemos– no es candorosamente pacifista, como suelen serlo en sus apreciaciones internacionales los gobernantes americanos. Porque ya pasó la época del mundo que conoció los conflictos aislados entre dos países, y hay que prepararse forzosamente para los* grandes conflictos. *Y porque países como los nuestros, que han sido por tanto tiempo yunque, soportando los golpes, bien pueden ser aspirar a ser alguna vez martillo, tomando iniciativas por su cuenta.*

Más prudente en sus concepciones, más atenido a lo que suele estimarse admisible en el campo diplomático, el discurso de Ibáñez responde en parte a una situación interna menos consolidada que la argentina. Sin embargo provenía de un gobernante que, dentro de límites más estrechos, en esos días tomaba también iniciativas importantes, con igual ánimo que las de al otro lado de los Andes. El abrazo con Paz Estenssoro de Bolivia –pasarían unas tres décadas hasta que se unieran de nuevo en un abrazo un gobernante chileno y uno boliviano–, la altiva posición sustentada en la conferencia interamericana de Caracas, señalaban el

ánimo americanista del gobierno de Santiago. Y sellando la unión económica aquí suscrita, el general chileno, de suyo más parco, verá en el flamante tratado la primera etapa de una política de proyecciones más profundas, que llegaría un día al gran entendimiento continental vislumbrado por "el más realista de nuestros soñadores", Simón Bolívar.

Las peores previsiones de Perón y de Ibáñez parecen haberse realizado un cincuentenio después. Cruzado el umbral del 2000, no sólo los países de la América Románica siguen desunidos, buscando cada uno obtener "derechos y prerrogativas" de las autoridades imperiales, sino que puede pensarse que erraban aquellos gobernantes próceres, porque creían que la lucha venidera sería sólo, o principalmente, económica. Y bien, sin perjuicio de que también sea así, los opresores de hoy siguen vistiendo "uniforme de milicia"; baste tener presente la guerra destructora que se ha desencadenado en dos ocasiones en los últimos años, sobre un país europeo y sobre otro del Próximo Oriente. Peor aún, las estructuras de resistencia interna que existían parecen haberse desmoronado o estar en vías de desmoronarse. Aliadas de la globalización *que desde arriba y misiles mediante se impone, fuerzas erosivas minan desde abajo el frente de cada nación. Baste al respecto mencionar sólo tres niveles o dimensiones, cotidianamente notorios: el de los recursos y servicios, que día a día pasan a otras manos, no por cierto en beneficio de cada pueblo; el de las pulsiones indigenistas, animadas por fuerzas mundiales, abiertamente orientadas al desmembramiento de nuestras naciones; el de la ofensiva jurídica, que quisiera obtener de los responsables de nuestros Estados el reconocimiento formal de que ya no son éstos soberanos, sino vasallos dóciles de las instancias extraterritoriales del poder* global.

A ello se agrega que las Fuerzas Armadas que generaron a un Ibáñez y a un Perón, que incluso en el pasado reciente pudieron albergar concepciones estrechas, sin comprensión por las grandes perspectivas que en estas páginas se muestran, pero que al menos tenían cierta conciencia de su misión, hoy se encuentran acosadas al interior de cada sociedad nacional, reducidas en sus efectivos y preguntándose si, para justificarse, deberán aportar su sangre a cualquier nueva aventura del poder que, so capa de paz y justicia, a cualquier lugar del mundo quiera llevar su opresión.

Con todo, la situación no es tan desesperanzada como para dar por consumado, sin más, el segundo término del dilema planteado por Perón para el 2000, el "dominados". Al interior de cada nación de la América Románica existen grupos y estamentos con voluntad de resistir; eventualmente gobiernos que, mejor o peor, dentro de los angostos márgenes de lo posible, se esfuerzan por preservar algún grado de autonomía para sus Estados respectivos. La misma lectura de textos como a los que estas palabras introducen producirá efectos en cuanto al esclarecimiento de las conciencias y en cuanto a la decisión para la acción; y en tal sentido, es un paso más de la Segunda Guerra de la Independencia.

Porque todavía otra lección puede recibirse de estos textos. No proceden ellos de ideólogos, que todas las licencias pudieran tomarse con la palabra. Sino de hombres de Estado, que a más de la conducción militar saben de la experiencia del poder y, en consecuencia, han de meditar cuidadosamente los pasos que den, seguramente más cortos de lo que se quisiera. Hemos juzgado más prudente el discurso de Ibáñez; pero asimismo los planteamientos de Perón distan de ser provocativos frente a la potencia hegemónica, limitándose a recoger las enseñanzas que de la historia y la política se desprenden. Los discursos de los dos gobernantes se mueven, pues, en el plano del realismo político.

Y aquí concluimos con la actualidad más inminente de estos textos. Si en ellos se recuerda aquella Primera Guerra de la Independencia, ese patriotismo americano fundado en el común infortunio y en los comunes esfuerzos por la libertad, esas concepciones estratégicas continentales, esos ejércitos libertadores desplazándose a través de los Andes y del Pacífico; si a partir de esas experiencias Perón e Ibáñez conciben la unión económica como un medio para afianzar entonces la independencia y la soberanía de cada nación, en el futuro reforzadas en la anfictionía continental; si así es, las concepciones de hace medio siglo siguen vigentes y deben inspirar nuevas formas de acción concreta. Próximo el segundo centenario de nuestra existencia como Estados, a la globalización *opresora debe responder el concierto de nuestras naciones con las estrategias congruentes, en la que es, ahora,* Segunda Guerra de la Independencia.

Erwin Robertson
Santiago, julio de 2003

Una unión continental celosa de la autonomía de cada nación integrante fue aspiración de Bolívar, San Martín, O'Higgins y otros héroes de nuestra primer Guerra de la Independencia. Pero falsos intereses nacionales, al servicio de otros colonialismos mercantiles y religiosos, impidieron entonces hacer de aquella aspiración una obra madura y justa, coronación política de los pueblos y Estados americanos nacientes.

Durante su primer gobierno pudo Perón sin embargo dar pasos importantes en esa dirección, también aspiración suya. Pero en otro contorno mundial, signado por las potencias triunfantes en 1945 y los organismos internacionales, vorazmente unidos en imponer eso que hoy llaman **globalización**, *y pretende «la explotación y esclavitud más oprobiosa de todos los tiempos» sobre la totalidad de los pueblos del mundo.*

Estos nuevos intentos de unión de América Románica concurrieron pues a combatir tal avasallamiento. De allí el Pacto *que Perón e Ibáñez firmaron en febrero de 1953 en Santiago de Chile. Pero nuestro jefe político sostuvo también significativas relaciones con los presidentes Vargas de Brasil, Somoza de Nicaragua, Chaves o Stroessner de Paraguay, país hermano al que logró así devolverle los trofeos conquistados por nuestro ejército en la inicua e impopular Guerra de la Triple Alianza (1865-1870) contra él.*

Retribuyendo la visita de nuestro general a Chile, con motivo del Pacto de Santiago, *llegó Ibáñez del Campo a Buenos Aires, recibido por fervorosa multitud. Y participó en la comida de las Fuerzas Armadas, realizada el 7 de julio de 1953, donde se dijo lo transcripto en la primera parte de este opúsculo.*

Dos direcciones vertebran el discurso de Perón de entonces. Va la primera al pasado para recuperar, al margen de las contradicciones liberales o ultramontanas, una mirada límpida a la historia de América que rescata valiosos testimonios de aquella añorada unión que se frustró. Acude la segunda al momento contemporáneo, donde clarifica los planes del enemigo opresor; a ellos opone la necesidad de una Independencia definitiva, imposible sin una nueva guerra cotidiana que tenaz y pacientemente la procure.

A ese discurso respondió Ibáñez con vibrante proclama de político y soldado. Quiere con ella dirigir una nueva carga de caballería contra el enemigo tenaz. Su voz viril sigue desde entonces llamando a argentinos y americanos hacia la victoria común.

La de esa velada fue entonces una proclamación solemne y definitiva cuyos nítidos perfiles sobrevuelan estos cielos y tierras y confrontan los intentos posteriores. También los de hoy. Pues los actuales mandatarios tendrán que responder por el signo de los aires americanos de unión que ahora, cincuenta años después, parecen renovarse. ¿Se ubicarán éstos en la línea de la soberanía inclaudicable y la consecuente Guerra de la Independencia o en la aglutinación propuesta por el mundialismo devastador?

Acompaña luego a aquel testimonio una alocución más reservada, dada por Perón ante magistrados y jefes militares argentinos, preocupados sin duda por las consecuencias, para las relaciones de nuestro país con Brasil, de aquella política americanista que especialmente con Chile y Paraguay se concertó. Dado su carácter confidencial sólo fue publicada por el general en 1964, como parte de su conocido libro La Hora de los Pueblos.

Al regresar a nuestra tierra, tras el Pacto de Santiago, informó Perón a nuestro pueblo lo acontecido, dejando para los argentinos un decálogo sobre la relaciones a sostener de allí en más con el pueblo que tras los Andes vive. Uno de sus mandamientos dice así:

> "Cada argentino debe saber que los pueblos de Chile y de Argentina, conservando la plenitud de sus soberanías nacionales, son real y efectivamente pueblos hermanos y, en consecuencia, debemos trabajar por la grandeza de Chile y por la felicidad de su pueblo con la misma fe y el mismo amor con que trabajamos para nuestra propia felicidad".

En esta publicación se unen **Ciudad de los Césares**, *de Santiago de Chile, y* **El Pampero Americano**, *de Buenos Aires, como signo de que aquel mandato no fue en vano. Pues a uno y otro lado de la cordillera, todo a lo largo de América Románica existen patriotas, celosos de la propia soberanía, pero conscientes de la necesidad de consolidarla en* **unión anfictiónica**, *al decir de Bolívar, o en un* **continentalismo** *como el de Perón. Sólo una esforzada, audaz y paciente nueva Guerra de la Independencia común podría lograrlo. Estas modestas páginas quieren colaborar con ella.*

Arnaldo C. Rossi
Buenos Aires, junio de 2003

CENA DE CAMARADERIA DE LAS FUERZAS ARMADAS

Buenos Aires, 7 de julio de 1953

Habla el General Perón

Excelentísimo señor Presidente de la República de Chile; Señores Ministros; Funcionarios chilenos; Camaradas:

Las fuerzas armadas de la República celebran hoy el aniversario de la Independencia que lograron en los días heroicos de la emancipación americana. Todos los años y en vísperas de esta misma fecha, los hombres que tenemos el honor de revistar como soldados del Ejército Argentino, nos reunimos para templar el espíritu con el recuerdo de las glorias pasadas, a fin de que ese mismo temple antiguo de los varones que nos dieron esta tierra que servimos, nos mantenga despiertos y firmes en esta eterna guardia que montamos por la justicia, por la soberanía y por la libertad de nuestro pueblo.

Pero esta vez nos acompañan, como en los días heroicos de la primera libertad, los sentimientos, los altos ideales y la voluntad mancomunada del pueblo chileno que representa el Presidente Ibáñez. Su presencia nos recuerda esta noche las palabras que pronunciara en Chile el general Las Heras en 1863, ante el bronce fresco del Libertador San Martín, diciendo que "*hubo una época gloriosa en la historia de este Continente en que todos los americanos éramos compatriotas unidos por el doble vínculo de nuestro común infortunio y nuestros comunes esfuerzos por la independencia*".

Es el pueblo chileno y son sus ejércitos, cuya memoria será eterna como la fama de sus virtudes, quienes nos acompañan en la persona del señor general Ibáñez, que lo mismo ha sabido concitar la opinión de sus conciudadanos en las lides políticas, tan difíciles y duras en los tiempos que corremos, como llevar sobre sus hombros la responsabilidad de preparar los ejércitos de Chile para las horas amargas de una lucha que él mismo convertiría después en un tratado de paz y de amistad con el pueblo hermano del Perú.

Esta, nuestra tradicional reunión de camadería militar, está completa esta noche que nos recuerda, con otro escenario y en otros tiempos, las noches apacibles que solían darse para el "Ejército de los Andes y de Chile", entre las duras jornadas de la gesta común libertadora. Los soldados de San Martín, acostumbrados desde 1817 a la compañía noble y generosa de los chilenos, sentimos, en la persona del general Ibáñez, la presencia de los soldados de O'Higgins, cuya tradición de honor y dignidad tiene su justa expresión en este ilustre chileno que nos trae, con su visita, el espíritu de la Escuela de Caballería de Quillota, orgullo de las fuerzas armadas que custodian la dignidad y la soberanía del pueblo chileno.

Han cambiado los tiempos desde aquellos años difíciles y duros en que chilenos y argentinos sentíamos sobre nuestras espaldas la responsabilidad de la primera liberación americana, bajo el acicate tenaz y permanente de nuestros grandes capitanes. Sobre aquel encuentro de nuestros pueblos y de nuestros ejércitos ha pasado también el tiempo. Durante más de un siglo hemos dejado de oír el ignoto llamado de San Martín que expresaba como la única pero inexplicable explicación de sus altas empresas idealistas, diciendo para la historia de su genial desobediencia: "*Debo seguir el destino que me llama*".

Durante más de un siglo chilenos y argentinos hemos dejado que manos extrañas apagasen, con silencios incomprensibles y a veces inconfesables, la voz de nuestra propia sangre derramada en una comunión sin fronteras y sin límites por la libertad americana.

En este largo intervalo del tiempo que nos separa de nuestra primera unión, sólo en contadas excepciones ha sido quebrado el silencio de nuestras fronteras espirituales, cerradas a todo llamamiento.

Así por ejemplo, durante 90 años han sido silenciadas ante nuestros pueblos las palabras que la gratitud chilena de don José Victorino Lastarria pronunciara en 1863; y hoy nos sorpren-

de por eso el recuerdo de sus conceptos generosos y justos pronunciados por él cuando Chile inauguró su monumento a San Martín:

"¡Una es la Gloria de estos pueblos -dijo Lastarria-, una es su historia, uno su porvenir! ¿Por qué no han de volver a andar juntos su camino como cuando les trazaba la senda de su libertad el vencedor de Chacabuco y Maipú?"...

Y nos duelen las palabras de aquel tiempo como un reproche íntimo por nuestra inconsecuencia ante los altos ideales de la gesta común libertadora.

Como si un siglo entero hubiese pasado en vano por nuestra historia común, llena de pequeñeces, de pasiones bastardas, de estériles enconos, de rencillas que son inexplicables si no se mira la deslealtad y la inconsecuencia de los hombres que debían conducir los altos ideales que en 1817 se amparaban bajo la misma bandera y cantaban incluso la misma canción fundamental, sin resquemores ni recelos, ni suspicacias; como si un siglo entero hubiese pasado en silencio sobre la primera etapa de nuestra historia común y solidaria, las palabras chilenas del mismo Lastarria pronunciadas en 1863 que nos amenazan, hoy como entonces, con la misma tremenda acusación, diciéndonos de frente, como se dicen las palabras duras en las horas amargas:

"Estamos solos. Somos pueblos nuevos y casi huérfanos en el mundo... En el centro de la civilización y del poder no se quiere creer en nuestra virtud, en nuestra dignidad, en nuestra gloria... y se pretende ver en nuestra América solamente pasiones antisociales, instintos salvajes en lugar de principios, de razón y de justicia. ¡Estamos solos!

Unión fecunda –dice después refiriéndose a la unión de nuestros pueblos–, *consagrada por la sangre y el dolor.*

Que no la recordemos en vano. San Martín era su símbolo, ya que el héroe revive entre nosotros. ¡Que reviva la antigua unidad de los pueblos americanos! ¡Que Bolívar sea el emblema de la unión de colombianos y bolivianos! ¡Que el nombre de Hidalgo reanime a los mejicanos!

¡Que todos juntos sigamos las huellas de aquellos grandes hombres hasta consumar la obra de la independencia, por medio del triunfo de la democracia!"

Este –sigue diciendo Lastarria– *es un momento solemne para América.*

El viejo mundo le pide cuentas de su independencia...

El imperio del derecho en todas las esferas de la vida es todavía un problema para la humanidad; y Dios ha querido que América sea quien lo haya de resolver primero.

¡Que no se desdeñen sus dolores! ¡Que no se burlen de sus sacrificios! ¡La misión de América es santa!

Es el combate del derecho y de la verdad contra la fuerza y la mentira.

Para que esta guerra termine con gloria, América necesita unir a sus hijos como los uniera en otros tiempos para conquistar su personalidad. ¡Reanimemos el entusiasmo de nuestras glorias pasadas y que el nombre de nuestros héroes sea el de esta nueva liberación!"

Desde el siglo pasado nos llegan también las palabras llenas de genialidad y de idealismo pronunciadas por nuestros libertadores, palabras cuyo solo recuerdo aguijona nuestras almas como el reproche amargo por la más condenable de las infidelidades.

Es el mismo O'Higgins diciéndonos desde 1817:

"*Ha sido restaurado el hermoso reino de Chile por las armas de las Provincias Unidas del Río de la Plata bajo las órdenes del general San Martín.*

Elevado por la voluntad del pueblo a la suprema dirección del Estado, anuncio al mundo un nuevo asilo, en estos países, a la industria, a la amistad y a los ciudadanos todos del globo. La sabiduría y recursos de la Nación Argentina limítrofe, decidida por nuestra emancipación, da lugar a un porvenir próspero y feliz con estas regiones."

Es también San Martín quien nos traza la ruta de sus ideales renunciando a todo poder político sobre Chile ante la Asamblea del pueblo chileno que lo proclamaba gobernador de Chile, con omnímoda voluntad, indicándonos con ello y definitivamente que toda unión entre los pueblos de América no podrá realizarse sino bajo el signo de la libertad y de la soberanía.

Sin embargo cuánta difamación injusta y deleznable hubiese corrido por el mundo de nuestros tiempos con motivo de la carta del Libertador al Cabildo de Mendoza, escrita casi "al apearse de su caballo cubierto aún por el polvo del combate de Chacabuco" y en cuyo texto declara: "*Todo Chile ya es nuestro*".

En estos momentos de la humanidad, llenos de mentiras y de malas intenciones, no faltarían los suspicaces que vieran en las palabras del Libertador una confesada intención imperialista, como si sentirnos hermanos no nos otorgase el supremo derecho de llamarnos mutuamente compatriotas, como añoraba ya en 1863 el general Las Heras con los mismos anhelos y sentimientos con que hoy lo añoramos los hombres de aquí o de allá, que todavía creemos que los grandes ideales pueden realizarse entre los hombres.

También desde aquellos años difíciles de la Liberación, San Martín nos ha venido señalando la meta de nuestro camino, porque al decirnos: "*Debo seguir el destino que me llama*", nos está urgiendo a repetir con él la misma sentencia que deberá convertirse en la clave de nuestro propio porvenir, gritándonos desde el fondo inapelable de nuestra historia que "*debemos seguir el destino que nos llama*".

Si alguien osase preguntarnos: –¿Desde dónde nos llama? ¿Hacia qué meta nos conduce ese extraño llamado que se llama "vocación" lo mismo para los pueblos que para los hombres?–, la respuesta está bien clara en la historia misma de aquella década heroica de O'Higgins y San Martín, cuyo sentido dinámico nos hicieran olvidar después los hombres pequeños y mediocres que sustituyeron nuestros ideales por el interés, nuestra cultura por la técnica, nuestra verdad

por la mentira disfrazada de verdad, nuestro derecho por su mistificación, nuestra justicia por la explotación, nuestra libertad por la entrega consumada en las sombras de la noche y nuestra soberanía por migajas de monedas o por vidrios de colores.

Es el mismo San Martín quien nos llama persistentemente desde 1817 diciéndonos que "*Chile es la ciudadela de América del Sur*", y su gran ideal de constituir una confederación continental golpea en su corazón extraordinario cuando regresa a Buenos Aires "*en bien de la América*"-como él dice- y se encuentra en el camino con la carta de Pueyrredón que lo interpreta, expresándole: "*¡Que bella ocasión para irnos sobre Lima!*"

Nuestra historia común ha recogido también, entre tantas joyas magníficas que vienen a dar su luz en nuestro tiempo, las palabras del embajador argentino Guido, "colaborador de la conquista de Chile", íntimo de San Martín, y es él mismo quien declara que *"el principal objeto de su misión debía ser estrechar las relaciones y vínculos de Chile con la Provincias Unidas y establecer los principios y leyes que debían observar ambos países en lo relativo al comercio recíproco y con los extranjeros sobre la base de la mutua reciprocidad y conveniencia."*

En ningún momento los libertadores de Chile y Argentina y sus personeros e intérpretes directos olvidan que la lucha por los altos y comunes ideales no termina en la independencia y los acuerdos de Argentina y de Chile.

Siempre es América, y en particular América de Sur, el gran objetivo de la liberación, pero siempre, sobre las bases comunes de acuerdos mutuos que no afecten la soberanía y la libertad de los pueblos emancipados por el ideal sanmartiniano y por el esfuerzo conjunto de los dos Libertadores cuyos espíritus presiden, en esta noche extraordinaria, esta comunión de sentimientos, de ideales y de voluntad de nuestros pueblos.

A tal punto llega la subordinación del Gran Capitán de los Andes a la soberanía de Chile, que no duda en aceptar, del general O'Higgins, Director Supremo del Estado Chileno, el cargo

y las funciones de general en jefe del Ejército Nacional que se llamó chileno y enarboló la bandera de Chile, aunque formaban en sus filas todos los soldados argentinos que dieron a las fuerzas de la liberación la denominación de "*Ejército Unido de los Andes y de Chile: nuevo Ejército Libertador Sudamericano*" –como le llamaron San Martín y O'Higgins–, "*nuevo Ejército Sudamericano con destinos solidarios y con glorias comunes*".

También desde las páginas comunes de nuestra historia, San Martín, más allá de sus designios militares, nos habla de la unión de nuestros pueblos, de sus comunes inquietudes y de sus concordantes objetivos culturales, sociales, económicos y políticos.

Pero así como San Martín insiste en la liberación total de América sobre la base de una confederación de naciones con iguales derechos, soberanas y libres, y sobre la necesidad de una mutua complementación social, cultural, económica y política, el mismo O'Higgins, que comparte con absoluta unidad de concepción las ideas de San Martín, nos recuerda, en diciembre de 1817, comentando a su pueblo la campaña del Perú: "*esta campaña fijará los destinos de Chile y acaso también los de América*", señalándonos así el camino sobre cuyas metas se han ensañado la pequeñez de los mediocres y el egoísmo de los interesados en hacernos olvidar nuestros grandes ideales, que son, desde la decisión común de San Martín y O'Higgins, deberes ineludibles para todos los chilenos y para todos los argentinos.

Señor Presidente, Señores Ministros, Camaradas:

Los recuerdos históricos podrían extenderse casi hasta el límite de lo infinito. Los que he enunciado prueban fehacientemente que no nos hemos equivocado los gobiernos de Chile y de Argentina cuando en el Acta de Santiago que firmáramos el 21 de febrero pasado establecimos solemnemente que "*era nuestro propósito alcanzar los ideales comunes e irrenunciables de nuestros pueblos, concretando así el espíritu que animó la unión de Argentina y de Chile en las gestas históricas de la independencia*".

Pero como en ella no nos hemos olvidado de América, y en un afán generoso que nos impone el espíritu de nuestros pueblos, hemos extendido los alcances de nuestros "ideales comunes e irrenunciables" al ámbito total de las Américas, declarando con la absoluta franqueza que corresponde a dos soldados, uno chileno y otro argentino, intérpretes de dos pueblos dignos cuya voluntad representan, que mediante la acción conjunta y solidaria de Chile y de Argentina pretendemos "*realizar el ideal panamericano de cooperación entre las naciones y pueblos hermanos del Continente*".

Las razones fundamentales que nos impulsan y que nos alientan a realizar esta empresa extraordinaria nos llegan, como acabo de probarlo, de la conformación espiritual de nuestros pueblos que se nutrieron en sus primeros días de libertad, con los altos ideales que obsesionan, como estrellas polares en la noche de una meta perdida, las miradas y los corazones de nuestros insignes capitanes.

Los tiempos han cambiado, pero la libertad y la soberanía de nuestros pueblos siguen amenazados como en 1817.

Cuando se habla de ellas en el lenguaje formal de los convencionalismos adquiridos, se intenta ocultar habitualmente a nuestros pueblos la dura verdad de los oprobios y de los sometimientos que a veces no queremos confesar.

Ahora ya no son los sometimientos ni las opresiones políticas, que por lo menos en 1817 se vestían con uniformes de milicia, las que amenazan o ciegan la libertad y la soberanía de los pueblos. Hoy son las inconfesables intenciones de los intereses que pretenden dominar los que, por todas partes pretenden mantener la división de nuestros pueblos para reinar sobre ellos mediante la explotación y la esclavitud más oprobiosa de todos los tiempos.

Por ello, frente a las nuevas fuerzas de carácter económico que pretenden dominarnos, nosotros, chilenos y argentinos, retomando los antiguos ideales de O'Higgins y de San Martín y,

pensando como ellos en nuestros pueblos y también en los pueblos de América, hemos decidido realizar la unión de nuestras fuerzas económicas, creyendo que ésta es acaso la última hora que el destino nos ofrece para cumplir con la misión que Dios nos tiene reservada en sus eternos designios insondables.

Presentimos que el año 2000 nos hallará unidos o dominados. Estamos seguros de que la generación del año 2000 será nuestro juez inexorable y no deseamos que ella nos condene como traidores de nuestros primeros capitanes y menos aún, como traidores de nuestros propios pueblos.

Sabemos que en 1953, como en 1817, la infamia y la calumnia se cernirán sobre nuestros planes y amenazarán nuestros ideales. Sabemos ya que hablar de unión entre chilenos y argentinos y con las mismas palabras de San Martín y O'Higgins es merecer el encono de la lucha solapada y artera. Sabemos también que llamarnos "compatriotas" es poco menos que un delito del que nos acusan precisamente todos los mercaderes que prefieren llamar compatriotas a los compradores de libertad y de soberanía.

Pero también sabemos que para dominar a las fuerzas del mal no hay otro camino que el antiguo principio de la conducción que aplicaron, con tanto dolor y con tanto sacrificio, nuestros mayores: la decisión de vencer.

No debemos engañarnos ante el porvenir. Ninguna clase de unión se realiza con papeles.

Los pactos firmados suelen ser a veces letra muerta.

Todas las grandes empresas idealistas de los hombres deben enfrentar cada día la acción del enemigo que ahora, como en 1817, no se avergüenza de proponernos, como el virrey de Lima a San Martín, que entreguemos nuestras banderas comunes ofreciéndonos en venta "*derechos y prerrogativas*" a cambio de un nuevo acatamiento a los altos dirigentes imperiales.

Sabemos demasiado bien que detrás de nuestras firmas y aún más allá de la letra de cualquier convenio está la fuerza que representa la voluntad mayoritaria de nuestros pueblos, con una ambición insaciable de justicia, de libertad y de soberanía.

Nuestro dilema es definitivo y terminante.

Por un camino se nos muestra la tranquilidad interna e internacional, la ausencia de todas las infamias, mentiras y calumnias que suelen respetar a los gobiernos que se entregan, y junto a ese panorama de bonanza este primer camino nos presenta también el espectáculo de nuestros pueblos escarnecidos y explotados, sobre cuya dignidad se ensañan todos los atropellos de la fuerza.

El otro camino nos muestra un campo de batalla lleno de encrucijadas, especiales para toda traición, para todo sabotaje, para toda emboscada y nos prepara una permanente y sistemática campaña de difamación, pero en cambio por ese camino estrecho, ascendente y espinoso, van nuestros pueblos con la frente bien alta, justos, soberanos y libres.

El pueblo de Chile ha visto en el general Ibáñez al intérprete de sus esperanzas porque ha creído en él y en su decisión de elegir el camino de su pueblo; y yo, precisamente por eso, porque creo en el Presidente Ibáñez y porque soy soldado como él de un ejército del pueblo, lo sigo con mi decisión que es irrevocable y definitiva, como deben ser las decisiones que toman los soldados cuando están en juego los supremos ideales de la Patria.

Algunos piensan –y así lo proclaman– que la empresa es demasiado grande, dura y difícil, y aún se atreven añadir que es imposible.

Yo me permito contestarles en nombre de los pueblos de Chile y de Argentina que conozco, siento y quiero con la misma intensidad de mis afectos:

–Sí. La empresa es grande, dura y difícil. Es casi imposible, como cruzar en 1817 la cordillera y empeñar una batalla en Chacabuco. Pero precisamente por eso Dios nos hizo chilenos y nos

hizo argentinos; precisamente por eso nos engendraron en la historia San Martín y O'Higgins, y precisamente por eso tal vez entre nuestros pueblos se levanta la cordillera de los Andes para que, mirando sus cumbres y aprendiendo a vencerlas, cada día realicemos el ejercicio diario de vencer, que es la única escuela de los pueblos y de los hombres capaces de realizar las grandes empresas que luego la historia contempla con admiración y con asombro.

Contamos con el apoyo total de nuestros pueblos.

Esto lo saben muy bien, entre nosotros y en Chile, los ilustres camaradas de las fuerzas armadas que, venidos del pueblo, conocen sus más íntimos anhelos, y son ellos, precisamente, nuestros camaradas chilenos y argentinos, los testigos de honor ante quienes yo entiendo justo y honrado confiar los pensamientos que inspiran esta nueva liberación que nos proporcionemos realizar con el mismo espíritu y los mismos ideales que presidieron las gestas de O'Higgins y de San Martín.

Habla el General Carlos Ibáñez del Campo

Excelentísimo Señor Presidente de la República Argentina; Señores Ministros; Camaradas:

Es profundamente grato para un soldado, a quien la voluntad democrática de su Patria ha elevado a las altas responsabilidades del mando supremo, recibir junto con la apoteótica recepción con que ayer le brindara el pueblo de Buenos Aires, el homenaje que esta noche le ofrecen sus camaradas de armas de la República Argentina.

Vestir el uniforme sigue siendo para mí un título de honor, acaso el más alto de todos. No digo esto por ostentación profesional, ni por pueril vanidad. Lo afirmo porque comprendo muy a fondo lo que significan los patrióticos deberes del soldado y la responsabilidad que simboliza el llevar la casaca del ejército, de las fuerzas navales o de los cóndores de la aviación.

Yo sé que un soldado no es sólo en tierra, mar y aire el celoso guardián de la soberanía de la Patria, sino también el depositario de sus tradiciones y de las más nobles virtudes de la raza.

Soy el más convencido de que el hecho de llevar el uniforme equivale de por sí a una superación íntima, a un deseo fervoroso de esforzarse abnegadamente en el servicio de la Nación y en el perfeccionamiento armónico de la personalidad en aras del bien común. Es ésta la profunda proyección que tiene la vida en esa escuela de sacrificio, austeridad y cooperación que significa la existencia de las Fuerzas Armadas en las naciones democráticas.

Quisiera hablar largamente sobre este tema que me resulta tan familiar, pues el valor moral innegable que expresa la disciplina de esta escuela de honor y responsabilidad en que nos hemos formado con el General Perón, representa el mayor estímulo para cumplir con nuestros deberes con la Patria y el Pueblo; pero las circunstancias determinadas por la alta investidura de mi cargo me imponen la tarea de manifestar ante vosotros el trascendental significado que tiene para el continente la concertación del pacto que nuestros países han resuelto poner en marcha.

La magnífica recepción que el pueblo de la Capital Federal ha brindado al Presidente de Chile, constituye la expresión más elocuente de la sinceridad con que dos pueblos hermanan sus destinos para luchar por un común engrandecimiento y por la felicidad de los que, tanto aquí como en el otro lado de los Andes, fecundan los días de la existencia con el esfuerzo maravilloso del trabajo y el estímulo creador de la cultura.

El Excelentísimo señor Presidente de la República Argentina, general don Juan Perón, heredero legítimo de las tradiciones que ennobleciera con sus actos y sacrificios el Libertador General don José de San Martín, ha querido que aquella Acta inicial que firmara en ocasión de su reciente visita a Santiago de Chile, no sea un acuerdo más entre los muchos que se pactan con arreglo a las normas diplomáticas; y, consecuente con el sentir de ambos pueblos, me ha invitado para que en calidad de jefes de dos Estados republicanos, sellemos en un acto histórico, casi sin precedentes, la Unión Económica que hará más fructífera y sólida la tradicional amistad chileno-argentina.

Su Excelencia el general Perón, que conoce muy de cerca y profundamente la nobleza taciturna y la lealtad sin dobleces del alma chilena, ha comprendido que la amistad entre nuestros pueblos tiene el calor humano de la sinceridad y la virtud esencial de un aprecio sin reservas.

Los chilenos compartimos con él este mismo sentimiento de comprensión, como igualmente la certeza más plena de que el afianzamiento de nuestra amistad es el paso más decisivo para abrir nuevos horizontes a la confraternidad continental; dar respaldo poderoso a una política de trato justo, digno e igualitario en las relaciones interamericanas e infundir estímulo a una cooperación pacífica, cada vez más estrecha, con las naciones democráticas del mundo.

Camaradas:

Vivimos una época en que se operan cambios profundos sobre la realidad internacional. Las conquistas del ingenio humano y el desenvolvimiento de la civilización han ido modificando,

paulatinamente, los viejos conceptos sobre fronteras económicas e imponiendo, cada día con mayor fuerza, una corriente de cooperación y solidaridad internacionales. Estos cambios obedecen a la acción del progreso y la cultura, y a la realidad cada vez más evidente de la interdependencia de las naciones, que destierra para siempre los regionalismos y la influencia de los prejuicios raciales. A ello se debe que el impulso natural de los pueblos se dirija, primero, a la formación de bloques homogéneos entre países limítrofes, y después, a las uniones continentales, como es el ejemplo de Occidente europeo; y, sin que mis palabras signifiquen un vaticinio, yo vislumbro que no están lejanos los días en que se logren entendimientos internacionales mucho más decisivos para salvar a la humanidad del odio y la violencia, defender la paz y el progreso, e impedir que se destruyan las creaciones del trabajo y los valores permanentes de la civilización.

Los pueblos latinoamericanos no pueden permanecer ajenos ni escapar a la influencia de esta corriente histórica, que tiende a superar las viejas fórmulas de entendimientos y a evitar la dispersión de los esfuerzos nacionales, y como somos atentos observadores de las experiencias del pasado y de los acontecimientos contemporáneos, estamos en condiciones de comprender que nuestro futuro depende de los frutos que produzca esta confraternidad –no a través de las palabras como se ha hecho tradicionalmente–, sino por intermedio de una acción realista y resuelta, como es el caso del Tratado de Unión Económica Chileno-Argentina, primera etapa de una política de proyecciones más profundas, que señala las promisorias posibilidades de llegar un día al gran entendimiento americanista que vislumbrara el más realista de nuestros soñadores: Simón Bolívar.

Ninguno de los países hermanos debe pensar que chilenos y argentinos pretendemos la hegemonía continental –como lo insinúa la suspicacia de algunos círculos interesados y ajenos al elevado espíritu de confraternidad latinoamericana–, sino que, por el contrario, nuestro Pacto debe entenderse como el primer eslabón práctico de la hermandad que une desde su origen a

todas las naciones hispano-latinas del nuevo mundo. Tampoco puede interpretarse este Pacto como un medio de poner vallas a un mejor entendimiento entre el norte y el sur de las Américas, sino como un anhelo de superación de dos naciones libres y soberanas, que buscan integrar sus esfuerzos en bien de la prosperidad común y en un elevado afán de que las relaciones interamericanas se desenvuelvan en el plano de la mayor dignidad internacional y una más justa comprensión de los intereses de nuestros pueblos.

La finalidad del Convenio Chileno-Argentino es muy clara y precisa: tiende hacia la complementación de nuestras economías en un juego de recíproco beneficio; a la intensificación del intercambio comercial a través de mutuas compensaciones y al apoyo común en favor de nuestro desarrollo industrial y agrícola, con vistas al aprovechamiento racional de las capacidades de ambas naciones, consolidando de esta manera nuestra seguridad económica y el bienestar de nuestros trabajadores.

La ejecución práctica de esta unión, que se irá perfeccionando progresivamente, tendrá enormes repercusiones en el desenvolvimiento de las actividades vitales de ambos países y se traducirá en el más efectivo cambio de estilo en nuestras relaciones, pues modifica substancialmente los métodos y los términos tradicionales de la política internacional latinoamericana.

Yo quiero declarar solemnemente que tanto el gobierno como el pueblo de Chile están inspirados en las más altas finalidades de una cooperación fraternal y en el propósito superior de dar la mayor fuerza a esta unión económica, la que es indispensable complementar de inmediato para que sea mucho más honda y duradera, con una acción de nuestras fuerzas espirituales, representadas por las expresiones más estimables de la cultura de ambas naciones. Ello es del más alto interés para el feliz éxito de nuestros propósitos. La exaltación, en una órbita de mayor amplitud, de nuestros más auténticos valores de las artes, la literatura y las ciencias, hará posible

que hacia el futuro se defina el espíritu de América con relieves más propios y profundos, que muestren ante los ojos de los países más evolucionados de la humanidad creaciones que hablen el auténtico lenguaje de nuestros pueblos.

En este instante histórico para América surge desde la eternidad el mensaje de nuestros libertadores, y ellos, en conciliábulo íntimo frente al infinito, alzan sus aceros rindiendo homenaje a la herencia de sus pueblos, a sus hombres que hoy se levantan en rebelión de libertad creadora y de justicia social.

Argentinos: Yo, como antiguo soldado, quiero comandar en esta hora solemne para nuestras dos naciones hermanas mi simbólico escuadrón de caballería, y desde la cima del granítico y marmóreo monumento andino, sellar con una descarga de honor los pactos que firmaremos mañana, porque ellos son los cauces por donde correrá desde hoy hasta siempre la savia y sangre de los pueblos de Argentina, Chile y los de América entera. Quiero volver a mi patria llevando la firme voluntad de realizar este mensaje, por cuanto hemos jurado ante la presencia de O'Higgins y San Martín pasar revista a las obras fecundas del deber cumplido, más allá de la existencia física de los hombres.

Permitidme, camaradas, que alce mi copa en honor de la República Argentina, de su pasado de trabajo y esperanza, de su prosperidad y grandeza actuales, de su magnífico porvenir.

Permitidme que lo haga en loor de sus Fuerzas Armadas, compendio de la tierra y la nación argentinas.

Y permitidme, por último, que la levante en homenaje a quien no sólo es su Primer Mandatario sino también su Primer Ciudadano y su Primer Soldado: ¡el general Perón!

LA INTEGRACION LATINOAMERICANA

Capítulo 4 de *La Hora de los Pueblos*

de Juan Perón

tiempos eso ha marcado un sinnúmero de agrupaciones a través de las familias, las tribus, las ciudades, las naciones y los grupos de naciones, y hay quien se aventura ya a decir que para el año 2000 las agrupaciones menores serán los continentes.

Es indudable que la evolución histórica de la humanidad va afirmando este concepto cada día con mayores visos de realidad. Eso es todo cuanto podemos decir en lo que se refiere a la natural y fatal evolución de la humanidad. Si ese problema lo transportamos a nuestra América surge inmediatamente una apreciación impuesta por nuestras propias circunstancias y nuestra propia situación.

Es indudable que el mundo, superpoblado y superindustrializado, presenta para el futuro un panorama que la humanidad todavía no ha conocido por lo menos en una escala tan extraordinaria. Todos los problemas que hoy se ventilan en el mundo son, en su mayoría, producto de esta superpoblación y superindustrialización, sean problemas de carácter material o sean problemas de carácter espiritual. Es tal la influencia de la superproducción y es de tal magnitud la influencia de la técnica y de esa superproducción, que la humanidad, en todos sus problemas económicos, políticos y sociológicos, se encuentra profundamente influida por esas circunstancias.

Si ése es el futuro de la humanidad, es indudable que estos problemas irán progresando y produciendo nuevos y más difíciles problemas emergentes de las circunstancias enunciadas.

Resulta también indiscutible que la lucha fundamental en un mundo superpoblado es por una cosa siempre primordial para la humanidad: la comida. Ese es el peor y el más difícil problema a resolver.

El segundo problema que plantea la industrialización es la materia prima: valdría decir que en este mundo que lucha por la comida y por la materia prima, el problema fundamental del

El 11 de noviembre de 1953, siendo en ese entonces presidente de la República, pronuncié un discurso en la Escuela Nacional de Guerra, *que adoptó un carácter secreto. La discreción que rodeó dicho discurso estaba justificada por la importancia política y diplomática del mismo. Su texto completo fue editado por el* Ministerio de Defensa Nacional *en un folleto de 17 páginas en cuya tapa figura impresa la palabra* Reservado. *Cada ejemplar editado fue numerado y registrado el nombre del destinatario. Un ejemplar del fascículo, probablemente merced a los buenos oficios de los servicios de informaciones de Estados Unidos, logró ser conocido por algunos políticos opositores emigrados en Montevideo y difundido en esa capital bajo la norma mimeografiada, como "prueba" del "imperialismo argentino". Pero hasta hoy su texto era desconocido por el público. Lo damos a conocer por primera vez, a quince años de haberse pronunciado, por cuanto consideramos que mi situación actual, el fallecimiento del general Ibáñez y del ex presidente Vargas, permiten darlo a publicidad en calidad de documento histórico y como testimonio de un momento de la historia diplomática latinoamericana.*

Señores:

He aceptado con gran placer esta ocasión para disertar sobre las ideas fundamentales que han inspirado una nueva política internacional en la República Argentina.

Es indudable que, por el cúmulo de tareas que yo tengo, no podré presentar a ustedes una exposición académica sobre este tema, pero sí podré mantener una conversación en la que lo más fundamental y lo más decisivo de nuestras concepciones será expuesto con sencillez y con claridad.

Las organizaciones humanas, a lo largo de todos los tiempos, han ido indudablemente creando sucesivos agrupamientos y reagrupamientos. Desde la familia troglodita hasta nuestros

futuro es un problema de base y fundamento económicos, y la lucha del futuro será cada vez más económica, en razón de una mayor superpoblación y de una mayor superindustrialización.

En consecuencia, analizando nuestros problemas, podríamos decir que el futuro del mundo, el futuro de los pueblos y el futuro de las naciones estará extraordinariamente influido por la magnitud de las reservas que posean: reservas de alimentos y reservas de materias primas.

Esto es una cosa tan evidente, tan natural y simple, que no necesitaríamos hacer uso de la estadística y menos aún de la dialéctica para convencer a nadie.

Y ahora, viendo el problema práctica y objetivamente, pensamos cuáles son las zonas del mundo donde todavía existen las mayores reservas de estos dos elementos fundamentales de la vida humana: el alimento y la materia prima.

Es indudable que nuestro continente, en especial Sudamérica, es la zona del mundo donde todavía, en razón de su falta de población y de su falta de explotación extractiva, está la mayor reserva de materia prima y alimentos del mundo. Esto nos indicaría que el porvenir es nuestro y que en la futura lucha nosotros marchamos con una extraordinaria ventaja a las demás zonas del mundo, que han agotado sus posibilidades de producción alimenticia y de provisión de materias primas o que son ineptas para la producción de estos dos elementos fundamentales de la vida.

Si esto, señores, crea realmente el problema de la lucha, es indudable que en esa lucha llevamos nosotros una ventaja inicial y que en el aseguramiento de un futuro promisorio tenemos halagüeñas esperanzas de disfrutarlo en mayor medida que otros países del mundo.

Pero precisamente en estas circunstancias radica nuestro mayor peligro, porque es indudable que la humanidad ha demostrado –a lo largo de la historia de todos los tiempos– que cuando se ha carecido de alimentos o de elementos indispensables para la vida, como serían las materias

primas y otros, se ha dispuesto de ellas quitándolas por las buenas o por las malas, vale decir, con habilidosas combinaciones o mediante la fuerza. Lo que quiere decir, en buen romance, que nosotros estamos amenazados a que un día los países superpoblados y superindustrializados, que no disponen de alimentos ni de materia prima, pero que tienen un extraordinario poder, jueguen ese poder para despojarnos de elementos de que nosotros disponemos en demasía con relación a nuestra población y a nuestras necesidades. Ahí está el problema planteado en sus bases fundamentales, pero también las más objetivas y realistas.

Si subsistiesen los pequeños y débiles países, en un futuro no lejano podríamos ser territorio de conquista como han sido miles y miles de territorios desde los fenicios hasta nuestros días. No sería una historia nueva la que se escribiría en estas latitudes; sería la historia que ha campeado en todos los tiempos, sobre todos los lugares de la tierra, de manera que ni siquiera llamaría mucho la atención.

Es esa circunstancia la que ha inducido a nuestro gobierno a encarar de frente la posibilidad de una unión real y efectiva de nuestros países, para encarar una vida común y para planear también una defensa en común.

Si esas circunstancias no son suficientes, o ese hecho no es un factor que gravite decisivamente para nuestra unión, no creo que exista ninguna otra circunstancia importante para que la realicemos.

Si cuanto he dicho no fuese real, o no fuese cierto, la unión de esta zona del mundo no tendría razón de ser, como no fuera una cuestión más o menos abstracta o idealista.

Señores, es indudable que desde el primer momento nosotros pensamos en esto, analizamos las circunstancias y observamos que, desde 1810 hasta nuestros días, nunca han faltado distintos intentos para agrupar esta zona del Continente en una unión de distintos tipos.

Los primeros surgieron de Chile, ya en los días iniciales de las revoluciones emancipadoras de la Argentina, de Chile, del Perú. Todos ellos fracasaron por distintas circunstancias. Es indudable que, de realizarse aquello en ese tiempo, hubiese sido una cosa extraordinaria. Desgraciadamente no todos entendieron el problema y, cuando Chile propuso eso aquí a Buenos Aires en los primeros días de la revolución de Mayo, Mariano Moreno fue el que se opuso a toda unión con Chile. Es decir, que estaba en el gobierno mismo, y en la gente más prominente del gobierno, la idea de hacer fracasar esa unión. Eso fracasó por culpa de la junta de Buenos Aires.

Hubo varios después que fracasaron también por diversas circunstancias. Pasó después el problema a ser propugnado desde Perú, y la acción de San Martín también fracasó. Después fue Bolívar quien se hizo cargo de la lucha por una unidad continental, y sabemos también cómo fracasó.

Se realizaron después el primero, el segundo y el tercer Congreso de México con la misma finalidad. Y debemos confesar que todo eso fracasó, mucho por culpa nuestra. Nosotros fuimos los que siempre más o menos nos mantuvimos un poco alejados, con un criterio un tanto aislacionista y egoísta.

Llegamos a nuestros tiempos.

Yo no quería pasar a la historia sin haber demostrado, por lo menos fehacientemente, que ponemos toda nuestra voluntad real, efectiva, leal y sincera para que esta unión pueda realizarse en el Continente.

Pienso yo que el año 2000 nos va sorprender o unidos o dominados; pienso también que es de gente inteligente no esperar a que el año 2000 llegue a nosotros, sino hacer un poquito de esfuerzo para llegar un poco antes del año 2000, y llegar un poco en mejores condiciones que aquella que nos podrá deparar el destino mientras nosotros seamos yunque que aguantamos los golpes, y no seamos alguna vez martillo; que también demos algún golpe por nuestra cuenta.

Es por esa razón que ya en 1946, al hacer las primeras apreciaciones de carácter estratégico y político internacional, comenzamos a pensar en ese grave problema de nuestro tiempo. Quizá, en la política internacional que nos interesa, es el más grave y el más trascendente; más trascendente quizá que lo que pueda ocurrir en la guerra mundial, que lo que pueda ocurrir en Europa, o lo que pueda ocurrir en el Asia o en el Extremo Oriente; porque éste es un problema nuestro, y los otros son problemas del mundo en el cual vivimos, pero que están suficientemente alejados de nosotros.

Creo también que en la solución de este grave y trascendente problema cuentan los pueblos más que los hombres y que los gobiernos.

Es por eso que, cuando hicimos las primeras apreciaciones, analizamos si esto podría realizarse a través de las cancillerías actuantes como en el siglo XVIII, en una buena comida, con lucidos discursos, pero que terminan al terminar la comida, inoperantes e intrascendentes, como han sido todas las acciones de las cancillerías de esta parte del mundo desde hace casi un siglo hasta nuestros días; o si habría que actuar más efectivamente, influyendo no a los gobiernos, que aquí se cambian como se cambian las camisas, sino influyendo a los pueblos, que son los permanentes, porque los hombres pasan y los gobiernos se suceden, pero los pueblos quedan.

Hemos observado, por otra parte, que el éxito, quizá el único éxito extraordinario del comunismo, consiste en que ellos no trabajan con los gobiernos, sino con los pueblos, porque ellos están encaminados a una obra permanente y no a una obra circunstancial.

Y si en el orden internacional quiere realizarse algo trascendente, hay que darle carácter permanente, porque mientras sea circunstancial, en el orden de la política internacional no tendrá ninguna importancia. Por esa razón, y aprovechando las naturales inclinaciones de nuestra doctrina propia, comenzamos a trabajar sobre los pueblos, sin excitación, sin apresuramien-

tos y sobre todo tratando de cuidar minuciosamente, de desvirtuar toda posibilidad de que nos acusen de intervención en los asuntos internos de otros Estados.

En 1946 cuando yo me hice cargo del gobierno, la política internacional argentina no tenía ninguna definición.

No encontramos allí ningún plan de acción, como no existía tampoco en los ministerios militares ni siquiera una remota hipótesis sobre la cual los militares pudieran basar sus planes de operaciones. Tampoco en el Ministerio de Relaciones Exteriores, en todo su archivo, había un solo plan activo sobre la política internacional que seguía la Republica Argentina, ni siquiera sobre la orientación, por lo menos, que regía sus decisiones o designios.

Vale decir que nosotros habíamos vivido, en política internacional, respondiendo a las medidas que tomaban los otros con referencia a nosotros, pero sin tener jamás una idea propia que nos pudiese conducir, por lo menos, a lo largo de los tiempos, con una dirección uniforme y congruente. Nos dedicamos a tapar los agujeros que nos hacían las distintas medidas que tomasen los demás países. Nosotros no teníamos iniciativa.

No es tan criticable el procedimiento, porque también suele ser una forma de proceder, quizá explicable, pues los pequeños países no pueden tener en el orden de la política internacional objetivos muy activos ni muy grandes; pero tienen que tener algún objetivo.

Yo no digo que nos vamos a poner nosotros a establecer objetivos extracontinentales para imponer nuestra voluntad a los rusos, a los ingleses o a los norteamericanos; no, porque eso sería torpe.

Vale decir que en esto, como se ha dicho y sostenido tantas veces, hay que tener la política de la fuerza que se posee o la fuerza que se necesita para sustentar una política.

Nosotros no podemos tener lo segundo y, en consecuencia, tenemos que reducirnos a aceptar lo primero, pero dentro de esa situación podemos tener nuestras ideas y luchar por ellas para que las cancillerías, que juegan al estilo del siglo XVIII, no nos estén dominando con sus sueños fantásticos de hegemonías, de mando y de dirección.

Para ser país monitor –como sucede con todos los monitores– ha de ser necesario ponerse adelante para que los demás los sigan. El problema es llegar cuanto antes a ganar la posición o la colocación y los demás van a seguir aunque no quieran. De manera que la hegemonía no se conquista. Por eso nuestra lucha no es, en el orden de la política internacional, por la hegemonía de nadie, como lo he dicho muchas veces, sino simplemente y llanamente la obtención de lo que conviene al país en primer término, lo que conviene a la gran región que encuadra el país y, en tercer término, el resto del mundo, que ya está más lejano y a menor alcance de nuestras previsiones y de nuestras concepciones.

Por eso, bien claramente entendido, como lo he hecho en toda circunstancia, para nosotros primero la República Argentina, luego el Continente y después el mundo. En esa posición nos han encontrado y nos encontrarán siempre, porque entendemos que la defensa propia está en nuestras manos; que la defensa, diremos relativa, está en la zona continental que defendemos y en que vivimos, y que la absoluta es un sueño que todavía no ha alcanzado ningún hombre ni nación alguna de la tierra. Vivimos solamente en una seguridad relativa, pensando, señores, en la idea fundamental de llegar a una unión en esta parte del Continente.

Habíamos pensado que la lucha del futuro será económica; la historia nos demuestra que ningún país se ha impuesto en ese campo, ni en ninguna lucha, sino tiene en sí una completa, diremos, unidad económica.

Los grandes imperios, las grandes naciones, han llegado desde los comienzos de la historia hasta nuestros días, a las grandes conquistas, sobre la base de una unidad económica. Y yo

analizo que si nosotros soñamos con la grandeza –que tenemos obligación de soñar– para nuestro país, debemos analizar primordialmente ese factor en una etapa del mundo en que la economía pasará a primer plano en todas las luchas del futuro.

La Republica Argentina sola, no tiene unidad económica; Brasil solo, no tiene tampoco unidad económica; Chile solo, tampoco tiene unidad económica; pero estos tres países unidos conforman quizá en el momento actual la unidad económica más extraordinaria del mundo entero, sobre todo para el futuro, porque toda esa inmensa disponibilidad constituye su reserva. Estos son países reserva del mundo.

Los otros están quizá a no muchos años de la terminación de todos sus recursos energéticos y de materia prima; nosotros poseemos todas las reservas de las cuales todavía no hemos explotado nada.

Esa explotación que han hecho de nosotros, manteniéndonos para consumir lo elaborado por ellos, ahora en el futuro puede dárseles vuelta, porque en la humanidad y en el mundo hay una justicia que está por sobre todas las demás justicias, y que algún día llega. Y esa justicia se aproxima para nosotros; solamente debemos tener prudencia y la sabiduría suficientes para prepararnos a que no nos birlen de nuevo la justicia, en el momento mismo en que estamos por percibirla y por disfrutarla.

Esto es lo que ordena, imprescriptiblemente, la necesidad de la unión de Chile, Brasil y Argentina.

Es indudable que, realizada esta unión, caerán a su órbita los demás países sudamericanos, que no serán favorecidos ni por la formación de un nuevo agrupamiento y probablemente no lo podrán realizar en manera alguna, separados o juntos, sino en pequeñas unidades.

Apreciado esto, señores, yo empecé a trabajar sobre los pueblos. Tampoco olvidé de trabajar a los gobiernos, y durante los siete años del primer gobierno, mientras trabajábamos activamen-

te en los pueblos, preparando la opinión para bien recibir esta acción, conversé con los que iban a ser presidentes, por lo menos en los dos países que nos interesaban: Getulio Vargas y el General Ibáñez.

Getulio Vargas estuvo total y absolutamente de acuerdo con esta idea y en realizarla tan pronto él estuviera en el gobierno; Ibáñez me hizo exactamente igual manifestación, y contrajo el compromiso de proceder lo mismo.

Yo no me hacía ilusiones porque ellos hubieran prometido esto para dar el hecho por cumplido, porque bien sabía que eran hombres que iban al gobierno y no iban a poder hacer lo que quisieran, sino lo que pudieran. Sabía bien que un gran sector de esos pueblos se iba oponer tenazmente a una realización de este tipo, por cuestiones de intereses personales y negocios, más que por ninguna otra causa. ¡Cómo no se van a oponer los ganaderos chilenos a que nosotros exportemos sin medida ganado argentino! ¡Y cómo no se van a oponer a que solucionemos todos los problemas fronterizos para la internación de ganado, los acopiadores chilenos, cuando una vaca o un novillo, a un metro de la frontera chilena hacia el lado argentino, vale diez mil pesos chilenos, y a un metro hacia Chile de la frontera argentina, vale veinte mil pesos chilenos! Ese que gana los diez mil pesos no va a estar de acuerdo nunca con una unidad de ese tipo.

Cito este caso grosero para que los señores intuyan toda la gama inmensa de intereses de todo orden que se desgranan en cada una de las cosas que come el pobre *roto* chileno y que producen ellos.

Ese mismo fenómeno sucede con Brasil.

Por esta razón nunca me hice demasiadas ilusiones sobre las posibilidades de ello; por eso seguimos trabajando por estas uniones, porque ellas deberán venir por los pueblos.

Nosotros tenemos muy triste experiencia de las uniones que han venido por los gobiernos; por lo menos, ninguna en ciento cincuenta años ha podido cristalizar en alguna realidad.

Probemos el otro camino que nunca se ha probado, para ver si, desde abajo, podemos ir influyendo en forma determinante para que esas uniones se realicen.

Señores, sé también que el Brasil, por ejemplo, tropieza con una gran dificultad en Itamaraty, que constituye una institución supergubernamental. Itamaraty ha soñado, desde la época de su emperador hasta nuestros días, con una política que se ha prolongado a través de todos los hombres que han ocupado ese difícil cargo en el Brasil.

Ella los había llevado a establecer un arco entre Chile y el Brasil; esa política debe ser vencida con el tiempo y por un buen proceder de parte nuestra.

Debe desmontarse todo el sistema de Itamaraty y deben desaparecer esas excrecencias imperiales que constituyen, más que ninguna otra razón, los principales obstáculos para que Brasil entre a una, diremos, unión verdadera con la Argentina.

Nosotros con ello no tenemos ningún problema, como no sea ese sueño de la hegemonía, en el que estamos prontos a decirle: son ustedes más grandes, más lindos y mejores que nosotros; no tenemos ningún inconveniente.

Nosotros renunciamos a todo eso, de manera que ése tampoco va a ser un inconveniente. Pero es indudable que nosotros creíamos superado en cierta manera ese problema.

Yo he de contarles a los señores un hecho que pondrá perfectamente en evidencia cómo procedemos nosotros y por qué tenemos la firme convicción de que al final vamos a ganar nosotros, porque procedemos bien. Porque los que proceden mal son los que sucumben víctimas de su propio mal procedimiento: por eso no emplearemos en ningún caso ni los subterfugios, ni las insidias, ni las combinaciones raras que emplean algunas cancillerías.

Cuando Vargas subió al gobierno me prometió a mí que nos reuniríamos en Buenos Aires o en Río y haríamos ese tratado que yo firmé con Ibáñez después; el mismo tratado.

Ese fue un propósito formal que nos habíamos trazado. Más aún, dijimos: –*Vamos a suprimir las fronteras, si es preciso*–. Yo agarraba cualquier cosa, porque estaba dentro de la orientación que yo seguía y de lo yo creía necesario y conveniente.

Yo sabía que acá yo lo realizaba, porque cuando yo le dijera a mi pueblo que quería hacer eso, yo sabía que mi pueblo querría lo que yo quería en el orden de la política internacional, porque ya aquí existe una conciencia político-internacional en el Pueblo y existe una organización. Además la gente sabe que, en fin, tantos errores no cometemos, de manera que tiene también un poco de fe en lo que hacemos.

Más tarde Vargas me dijo que era difícil que pudiéramos hacerlo tan pronto, porque él tenía una situación política un poco complicada en las Cámaras y que antes de dominarlas quería hacer una conciliación. Es difícil eso en política; primero hay que dominar y después la conciliación viene sola. Son puntos de vista; son distintas maneras de pensar.

El siguió un camino distinto y nombró un gabinete de conciliación, vale decir, nombró un gabinete donde por lo menos las tres cuartas partes de los ministros eran enemigos políticos de él y que servirían a sus propios intereses y no a los del gobierno.

Claro que él creyó que esto en seis meses le iba a dar la solución; pero cuando pasaron los seis meses el asunto estaba más complicado que antes. Naturalmente, no pudo venir acá; no pudo comprometerse frente a su Parlamento y frente a sus propios ministros a realizar una tarea que implicaba ponerse los pantalones y jugarse una carta decisiva frente a la política internacional mundial, a su pueblo, a su Parlamento y a los intereses que había que vencer.

Naturalmente, yo esperé. En ese ínterin es elegido presidente el General Ibáñez; la situación de él no era mejor que la situación de Vargas, pero en cierta manera llegaba plebiscitado en todo lo que se puede ser plebiscitado en Chile, con elecciones muy *sui generis*, porque allá se inscriben los que quieren y los que no quieren no; es una cosa muy distinta a la nuestra. Pero él llega

al gobierno naturalmente. Tan pronto llega al gobierno, yo, conforme con lo que habíamos conversado, lo tanteé. Me dice: *–De acuerdo; lo hacemos–*. ¡Muy Bien! El general fue más decidido, porque los generales solemos ser más decididos que los políticos. Pero antes de hacerlo, como tenía un compromiso con Vargas, le escribí una carta que le hice llegar por intermedio de su propio embajador, a quien llamé y dije: *–Vea, usted tendrá que ir a Río con esta carta y tendrá que explicarle todo esto a su Presidente. Hace dos años nosotros nos prometimos realizar este acto. Hace más de un año y pico que lo estoy esperando, y no puede venir. Yo le pido autorización a él para que me libere de ese compromiso de hacerlo primero con el Brasil y me permita hacerlo primero con Chile. Claro que le pido esto porque creo que estos tres países son los que deben realizar la unión.*

El embajador va allá y vuelve y me dice, en nombre de su presidente que no solamente me autoriza a que vaya a Chile liberándome del compromiso, sino que me da también su representación para que lo haga en nombre de él en Chile. Naturalmente –ya sé ahora muchas cosas que antes no sabía– acepté solo la autorización, pero no la representación.

Fui a Chile, llegué allí y le dije al General Ibáñez: *–Vengo aquí con todo listo y traigo la autorización del presidente Vargas, porque yo estaba comprometido a hacer esto primero con él y con el Brasil; de manera que todo sale perfectamente bien y como lo hemos planeado, y quizá al hacerse esto se facilite la acción de Vargas y se vaya arreglando así mejor el asunto.*

Llegamos, hicimos allá con el Ministro de Relaciones Exteriores esas cosas de las cancillerías, discutimos un poco –poca cosa– y llegamos al acuerdo, no tan amplio como nosotros queríamos, porque la gente tiene miedo en algunas cosas y, es claro, salió un poco retaceado, pero salió. No fue tampoco un parto de los montes, pero costó bastante convencer, persuadir, etcétera.

Y al día siguiente llegan las noticias de Río de Janeiro, donde el Ministro de Relaciones Exteriores del Brasil hacía unas declaraciones tremendas contra el Pacto de Santiago: *"que estaba*

en contra de los pactos regionales, que esa era la destrucción de la unanimidad panamericana". Imagínense la cara que tendría yo al día siguiente cuando fui y me presenté al presidente Ibáñez. Al darle los buenos días, me preguntó: *–¿Qué me dice de los amigos brasileños?*

Naturalmente que la prensa carioca sobrepasó los límites a que había llegado el propio Ministro de Relaciones Exteriores, señor Neves de Fontoura. Claro, yo me callé; no tenía más remedio. Firmé el tratado y me vine aquí.

Cuando llegué me encontré con Gerardo Rocha viejo periodista de gran talento, director de *O Mundo* en Río, muy amigo del presidente Vargas, quien me dijo: *–Me manda el presidente Vargas para que le explique lo que ha pasado en el Brasil. Dice que la situación de él es muy difícil: que políticamente no puede dominar; que tiene sequías en el norte, heladas en el sur; y a los políticos los tiene levantados; que el comunismo está muy peligroso; que no ha podido hacer nada; en fin, que lo disculpe que él no piensa así y que, si el ministro ha hecho eso, que él tampoco puede mandar al ministro.*

Yo me he explicado perfectamente bien todo esto; no lo justificaba, pero me lo explicaba por lo menos. Naturalmente, señores, que planteada la situación en estas circunstancias, de una manera tan plañidera y lamentable, no tuve más remedio que decirle que siguiera tranquilo, que yo no me meto en las cosas de él y que hiciera lo que pudiese, pero que siguiera trabajando por esto.

Bien, señores. Yo quería contarles esto, que probablemente no lo conoce nadie más que los ministros y yo; claro está que son todos documentos para la Historia, porque yo no quiero pasar a la historia como un cretino que ha podido realizar esta unión y no la ha realizado. Por lo menos quiero que la gente piense en el futuro que si aquí ha habido cretinos, no he sido yo sólo; hay otros cretinos también como yo, y todos juntos iremos en el *baile del cretinismo.*

Pero lo que yo no quería es dejar de afirmar, como lo haré públicamente en alguna circunstancia, que toda la política Argentina en el orden internacional ha estado orientada hacia la necesidad de esa unión, para que, cuando llegue el momento en que seamos juzgados por nuestros hombres –frente a los peligros que esta disociación producirá en el futuro–, por lo menos tengamos el justificativo de nuestra propia impotencia para realizarla.

Sin embargo, yo no soy pesimista; yo creo que nuestra orientación, nuestra perseverancia, va todos los días ganando terreno dentro de esta idea, y estoy casi convencido de que un día lo hemos de realizar todo bien y acabadamente, y que tenemos que trabajar incansablemente por realizarlo. Ya se acabaron las épocas del mundo en que los conflictos eran entre dos países. Ahora los conflictos se han agrandado de tal manera y han adquirido tal naturaleza que hay que prepararse para los *grandes conflictos* y no para los *pequeños conflictos.*

Esta unión, señores, está en plena elaboración; es todo cuanto yo podría decirles a ustedes como definitivo.

Estamos trabajándola, y el éxito, señores, ha de producirse; por lo menos, nosotros hemos preparado el éxito, lo estamos realizando, y no tengan la menor duda de que el día que se produzca yo he de saber explotarlo con todas las conveniencias necesarias para nuestro país, porque, de acuerdo con el aforismo napoleónico, el que prepara un éxito y lo conquista, difícilmente no sabe sacarle las ventajas cuando lo ha obtenido.

En esto, señores, estoy absolutamente persuadido de que vamos por buen camino. La contestación del Brasil, buscando desviar su arco de Santiago a Lima, es solamente una contestación ofuscada y desesperada de una Cancillería que no interpreta el momento y que está persistiendo sobre una línea superada por el tiempo y por los acontecimientos; eso no puede tener efectividad.

La lucha por las zonas amazónicas y del Plata no tiene ningún valor ni ninguna importancia; son sueños un poco ecuatoriales y nada más. No puede haber en ese sentido ningún factor geopolítico ni de ninguna otra naturaleza que pueda enfrentar a estas dos zonas tan diversas en todos sus factores y en todas sus características.

Aquí hay un problema de unidad que está por sobre todos los problemas, y en estas circunstancias, quizá muy determinantes, de haber nosotros solucionado nuestros entredichos con Estados Unidos, tal vez esto favorezca en forma decisiva la posibilidad de una unión continental en esta zona del continente americano.

Señores: como ha respondido el Paraguay aunque es un pequeño país; como irán respondiendo otros países del continente, despacito, sin presiones y sin violencias de ninguna naturaleza, así se va configurando ya una suerte de unión.

Las uniones deben realizarse por el procedimiento que es común; primeramente hay que conectar algo; después las demás conexiones se van formando con el tiempo y con los acontecimientos.

Chile, aun a pesar de la lucha que debe sostener allí, ya está unido con la Argentina.

El Paraguay se halla en igual situación. Hay otros países que ya están inclinados a realizar lo mismo. Si nosotros conseguimos ir adhiriendo lentamente a otros países no va a tardar mucho en que el Brasil haga también lo mismo, y ese será el principio del triunfo de nuestra política.

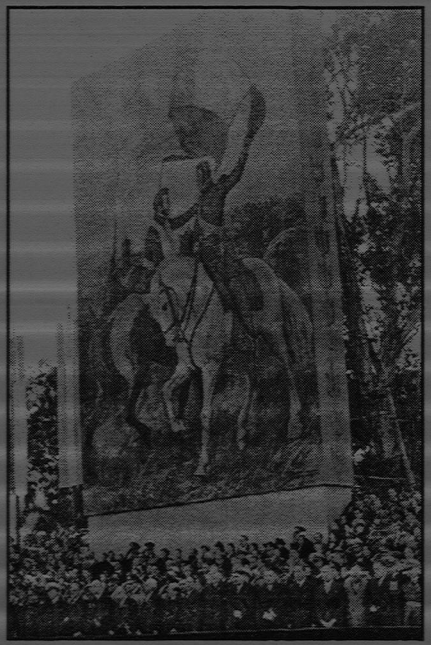
La unión continental a base de Argentina, Brasil y Chile está mucho más próxima de lo que creen muchos argentinos, muchos chilenos, muchos brasileños; en el Brasil hay un sector enorme que trabaja por esto.

Lo único que hay que vencer son intereses; pero cuando los intereses de los países entran a actuar, los de los hombres deben ser vencidos por aquellos; ésa es nuestra mayor esperanza.

Hasta que esto se produzca, señores, no tenemos otro remedio que esperar y trabajar para que se realice: y ésa es nuestra acción y ésa es nuestra orientación.

Muchas gracias.

Se terminó de imprimir
en la ciudad de Buenos Aires
el día 7 de julio de 2003,
para conmemorar cincuenta años
de la ocasión en que
el general Perón, las fuerzas armadas
y el pueblo argentinos,
el general Ibáñez, las fuerzas armadas
y el pueblo chilenos
proclamaron solemnemente
LA SEGUNDA GUERRA
DE LA INDEPENDENCIA
AMERICANA



«Sí. La empresa es grande, dura y difícil. Es casi imposible, como cruzar en 1817 la cordillera y empeñar una batalla en Chacabuco. Pero precisamente por eso Dios nos hizo chilenos y nos hizo argentinos...»